La Novela Sentimental

Publicación semanal

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

AÑO II — NÚM. 24

La amada ideal

Asunto inédito original de

María del Amparo Borrás

Ilustraciones interiores de FARELL

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis. - BARCELONA

Prohibida la reproducción
Revisado por la censura

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

A
PQ
6159.9
N8464
B67a
1920z

La amada ideal

I

La ruptura fué inesperada, brusca...

Después de cinco años de relaciones, de toda una juventud de camaradería, cuando iba a solidificarse la dicha soñada por la gentil pareja, sobrevino el fatal desenlace.

Tenía ya la novia casi terminado el ajuar y aún trenzaba con hábil ligereza el hilo de un encaje primoroso, que hacía florecer sobre el patrón las rosas y arabescos, que a veces dibujan sobre la superficie del agua, las espumas blancas y rizosas, remedando la gasa tenue de las nubes.

La tarde era hermosísima y fragante, orgullo de la naciente primavera que había llenado el aire de armonías, de trinos y blandos susurros.

Y Conrado llegó a casa de Ana Rosa muy contento, cual si se le filtrase por los poros el regocijo de aquella hora ebria de perfumes, de luces y colores. Sentía en el corazón el bravo empuje de la sangre moza, pu-

jante como la savia renovadora que ufanaba la campiña. Mas, cuando iba a trasponer el umbral de la puerta, se detuvo asaltado por un súbito recuerdo.

Trató no obstante de rechazarlo, quiso olvidar lo que le habían revelado de un modo aparatoso, que parecía desvirtuar la gravedad del caso.

Pero no pudo, la fuerza de la calumnia tiene un empuje arrollador. Y Conrado retrocedió indeciso sin atreverse a llamar, ansioso de saber lo que tras él madero acontecía. Se inclinó un poco y logró abarcar con la vista el interior de la estancia, por el hueco de la cerradura.

Un escalofrío estremeció todo su cuerpo, haciéndole abandonar el improvisado observatorio. Sin duda Ana Rosa se hallaba entregada a una íntima expansión, porque tenía entre las manos un retrato diminuto, que acercó a sus labios al parecer con languidez voluptuosa. Hasta el oído ávido y vigilante del galán, llegó el suave rumor de unos besos...

Entonces colocó una mano sobre su corazón, como si pretendiese calmar los desordenados latidos, mientras exclamaba:

—Ese es él... es José María.

Volvió a doblar la espalda y hundió de nuevo la mirada investigadora en el aposento, en el propio instante en que Ana Rosa guardaba en el seno la fotografía, entregándose otra vez a su labor.

Pensó Conrado que ante la evidencia, sobraban las explicaciones y estuvo a punto de huir, para jamás volver sobre sus pasos. Luego en rápida decisión juzgó más oportuno serenarse, creyó que debía entrar en la habitación de improviso, para cerciorarse de la infamia.

La duda halló en su pecho blando nido. Porque le constaba al muchacho, no haber entregado nunca una

fotografía a su novia, del tamaño de la que tanto le mortificaba que hubiese besado.

Se decidió al fin a penetrar, sin pedir siquiera permiso como otras veces. La sospecha que le torturaba, le dió un valor insólito y un aire jactancioso. Ana Rosa le miró con gran sorpresa, sin atreverse a decirle una sola palabra. Estaba lívida y tenía los ojos brillantes, como encendidos al calor de un grato recuerdo.

—¿De dónde sales?—le preguntó tras un breve silencio.

—No sé—refunfuñó Conrado—; estoy como atontado.

Sonreía la tarde gozosa, haciendo resbalar sobre los muebles, los objetos y los pálidos semblantes, sus caricias de luz. Un ramillete de violetas, se desmayaba lentamente, olvidado en un búcaro.

Ana Rosa miraba a su novio con indecible amargura, cual si presintiese un fatal acontecimiento. Y al muchacho se le quedaron cuajados en la garganta los reproches, porque dijo:

—He sido un imprudente... ya sé que mi presencia ha de serte enojosa en este instante... ¡Perdóname!

—¡Por Dios! No digas eso, ¿qué hice yo, para que me hables de esta manera?

Y así diciendo, la joven fué bajando la vista, hasta clavarla en las baldosas, incapaz de resistir la mirada del muchacho, que se estremecía con el horrible dolor de una sospecha.

—Oye—musitó Conrado—. ¿Acaso te avergüenzas de amar? ¿No quieres decirme de quién es el retrato que has escondido, cerca del corazón?

—¿Yo?

—Tú, Ana Rosa... no pretendas engañarme.

Hizo ademán de abrir la puerta el galán. sin pedir a la niña más explicaciones. Pero, la joven le contuvo,

álida y trémula, toda embellecida por la súbita emo-

ión.

—Espera, hombre... no te vayas.

—Déjame; huelga todo lo que vas a decirme.

Abrió de par en par las puertas del aposento y echó a correr por el pasillo, como si le faltase tiempo para huir. La madre de la joven, también quiso tranquilizarle. Había escuchado sus últimas palabras, con mezcla de asombro y de estupor.

—Pero hijo, ¿qué es lo que ha sucedido?

—Nada, señora—exclamó Conrado con solemne entonación—, supongo que estará usted bien enterada.

Parecía un loco, ganó de un brinco los tramos de la escalera y salió con el firme propósito de jamás volver, aunque hubiese de retorcer su alma.

II

La noticia de aquel desenlace, cundió rápidamente. Florensa era un pueblo chiquito y alegre, formado por una sola calle, que naciendo en la estación iba a morir en la Plaza de la Iglesia, donde solía reunirse la mocedad en las bulliciosas mañanas domingueras, para comentar los acontecimientos más sobresalientes o añadir importancia a los sucesos sencillos y triviales.

La infausta nueva se esperaba como el agua de lluvia, cuando la sequía llega a poner en peligro las cose-

...huelga todo lo que vas a decirme.

chas. Ana Rosa era envidiada, por buena y por hermosa.

Y como además era una intrusa, como no había nacido en aquel humilde rincón, sus habitantes la tenían cierta animosidad incomprensible, olvidando sus muchos favores.

La saludaban los vecinos a regañadientes en las tibias alboradas de primavera, cuando iba a misa muy contenta, con el tul ligero de la mantilla caído sobre la faz y un devocionario en la mano...

Su madre, perfecta educadora y excelente cristiana, la enseñó a coser y a bordar, sin consentir que dejase en olvido las prácticas religiosas. Apenas contaba diez años, cuando ya derramaba con gracia incomparable, el divino pan de la limosna.

Vivía la joven plácidamente, sin sobresaltos ni temores, exenta en absoluto de cuidados. El hogar en que se cobijaba cual inocente pajarillo, era blando nidal de paz y de amor. Los mimos y las caricias maternales le hubieran bastado, si Conrado no hubiese fijado en ella sus ojos, encendiendo en su pecho el ascua de los deseos, con fuego al parecer inextinguible.

Empezó a tratarle y a quererle, cuando sólo contaba doce años. Primero le consideraba como a un hermanito bueno y cariñoso, luego pretendió apartarle de su camino, algo temerosa y con bien manifiesta pesadumbre.

—Hemos crecido mucho—le decía—y no debemos ir juntos.

—¡Bah! Yo no sabría vivir lejos de ti.

Pero la madre de Ana Rosa quiso poner coto a la ingenua amistad, haciendo comprender a la niña la necesidad de ir apartando al muchacho poco a poco,

de una manera suave y correcta, que no llegase a ofenderle ni a mortificarle.

Quiso replicar la adolescente, por defender aquella dulce camaradería, que arraigara en la niñez. Mas, la atajó doña Eulalia, diciendo:

—¿Cómo? ¿tú has reflexionado, hija mía ?¿serías capaz de contrariarme?

—No mamá; eso nunca...

Y sobreponiéndose al dolor, prometió ir apartando al muchacho, que por su parte lamentaba vivamente, aquella inesperada resolución. En la porfía, vertió Ana Rosa las primeras lágrimas ardientes, unas lágrimas de fuego, que le abrasaron las mejillas, dejando en su bello rostro, profunda huella de melancolía.

Solamente le quedaba la satisfacción de haber obedecido a su madre, que sin duda quiso evitarle algún mal rato o preservarla de la enojosa maledicencia pueblerina.

Cierta mañana de estío, alegre y luminosa, en que se dirigía la joven a misa primera, le salió al paso el inolvidable compañero de sus juegos infantiles, con gentil apostura de galanteador. Llevaba el sombrero en la mano, dejando flotar al aire el cabello, rizado y negro como la endrina.

Ana Rosa le devolvió el saludo, entre risueña y azarada. Luego le miró con disimulo, como atisbando lo que sucedía en su alma. Tenía Conrado mucha luz en los ojos, en los labios dibujada una sonrisa, en las palabras un raro temblor, que traducía algo de lo mucho que guardaba su pecho generoso.

¿Sería amor? ¿Simpatía?

Estas preguntas se las hizo la núbil, con rapidez asombrosa. Apenas se asomó a su faz la llama del deseo. Ni siquiera se ruborizó. Estaba pálida como la

rosa, que al marchitarse pierde la belleza del matiz.

—¿Permites que te acompañe a misa?—interrogó el adolescente.

—Voy a serte franca—repuso la joven—, a mamá no le parecerá bien.

—Es muy temprano.

—¿Y eso qué importa?

—Bastante más de lo que tú te figuras.

Clavó Ana Rosa una mirada inquisitiva en el rostro atezado del muchacho, que equivalía a una pregunta.

—Yo comprendo que quieren librarnos de las habladurías de la gente, ¿no lo crees tú así?

—Quizá...

Sin darse cuenta habían andado un buen trecho, toda la calle que atravesaba Florensa; la iglesia se alzaba majestuosa delante de sus ojos asombrados; se detuvieron bajo el dintel, porfiando todavía.

En el preciso instante en que iban a entrar, salía de la santa casa una anciana, que les saludó cortésmente. Al decir de los habitantes de aquel pueblecillo humilde, era la mujer que hilvanaba las críticas con mayor habilidad. Ella sola sabía hacer y deshacer una boda, desunir a un matrimonio, agigantar la noticia más pequeña e insignificante. Los forasteros la miraban con cierta prevención, como si fuera un ser maligno, que tuviese pacto con Satanás.

A Conrado le gustó poco el encuentro y hasta queriendo evitar que la vieja curiosa se fijase en ellos, apartóse prudentemente de la joven.

Un buen rato estuvo la mujeruca, arrebujada en amplio mantón de fleco, sin perder un solo detalle de cuanto vieron sus hondas pupilas; enclavadas en el marco de la faz, como dos chispas de brillo magnético. Ana Rosa había desaparecido, dejando en suspenso la iniciada revelación.

Por la ruta azul de los cielos, cabalgaban las nubes, desplegando sus alas de luz... Amanecía.

III

Los árboles se remozan tras la invernada...

Recobran el follaje pomposo, se visten y engalanan para adornar la primavera; sienten la pujanza de la savia, como la juventud la fuerza de la sangre; llegan a extender las ramas floridas, como unos brazos en desperezo voluptuoso.

Nada raro parecía la inclinación de Conrado, hacia la hija de doña Eulalia. Desde niño anduvo cerca de aquel capullito primoroso del humano vergel, que abría su corola bajo la caricia de unas palabras amorosas, como el lirio sin mácula bajo el beso ardiente de un rayo de sol.

Esto causó gran alboroto entre los habitantes de Florensa, siempre ganosos de la emoción de la crítica, para hacer la existencia menos igual y monótona.

Había vivido el chiquillo hasta la metamórfosis de la pubertad, contemplando a la niña como a una hermana, sin picardía ni anhelo. Pero llegó un momento en que le embrujaron los ojos de Ana Rosa, llenos de sin-

gular fascinación, en que el contacto de sus manos, llegó a parecerle más suave...

Y sólo a su lado sentíase dichoso, como si Ana Rosa le hubiera hechizado con las mil inflexiones de su voz; con la gracia incomparable de la sonrisa, que era en sus labios despliegue de flor.

En cuanto pudo explicarle de un modo elocuente el purísimo afecto que en su alma nacía, vió con regocijo que la niña se convertía en mujer, cual la crisálida en mariposa. Ya no hallaba sabor en los juegos infantiles, si no en las horas de garla deleitosa, en que iba tejiendo la fantasía, una guirnalda de ilusiones.

Un año, otro y otro, vivieron embelesados, como si hubiesen caído en un éxtasis, que les hiciera olvidar todas las bajezas y calamidades del mundo. Hasta que un día le dijeron a doña Eulalia, que pensaban casarse, para consolidar la ventura que habían soñado. La señora asintió alborozada, porque sabía que su hija criada con gran solicitud y esmero, no podía defraudar las esperanzas del hombre que supo enamorarla.

La familia de Conrado acostumbraba pasar los estíos en Florensa, dejando que el muchacho hiciera alguna que otra escapatoria durante el invierno, cuando la nieve cubría la arboleda, donde las ramas se extendían con perezoso ademán.

Vió el padre del muchacho con desagrado en su hijo aquel amor prematuro, que le alejó infinitas veces del estudio, haciendo que dejase en olvido el porvenir, para atender una pasión o a un simple capricho... acaso pasajero.

Por el contrario la madre de Ana Rosa, parecía muy despreocupada respecto al futuro, del que iba a ser su yerno. Y como nunca le había llegado a faltar lo indispensable, para vivir con sobrada holgura, sentíase

desprovista del egoísmo que hace ver escollos en todas las veredas. Tan sólo una pesadumbre se cernía sobre el hogar de la viudad, haciéndola víctima de una tristeza mansa y dulce, que daba a su rostro un aspecto sencillo y atrayente.

Era este pesar el mismo que padecía la hija en silencio; la muerte del esposo y del padre; que había sido como pocos hombres, fiel a sus deberes.

Murió cuando la niña apenas contaba cinco años, dejando el hogar sumido en la sombra de la pena sin consuelo, envuelto en los crespones de un luto perdurable. Cada noche después de cenar, doña Eulalia recordaba alguna de sus finezas y atenciones, terminando la evocación sublime con los ojos llenos de lágrimas.

Estaba el caballero muy apurado, cuando se trasladaron a Florensa, por ver si mejoraba, con los aires puros y el agua saludable de aquellos manantíos que parecían regocijar el campo, con la fresca canción de las espumas. Gozaba el pueblo de bien merecida fama, pues que eran muchos los que hallaron en la paz de sus contornos casi olvidados, el don precioso de la salud perdida.

Mas, quiso el Hacedor que allí expirase, mientras rezaba la esposa de rodillas al pie del lecho y Ana Rosa se inclinaba a besarle la frente.

Todos los habitantes de Florensa sintieron la muerte del forastero, porque les había socorrido a manos llenas. Y quiso doña Eulalia quedarse en la casa en que falleciera el compañero de su vida, convirtiendo la habitación en que entregó el alma a Dios, en recinto sagrado e inviolable.

Ana Rosa y su madre, llevaron muchas flores a la necrópolis chiquita del pueblecillo risueño y acogedor, que más tarde recibió con verdadera alegría la ava-

lancha de veraneantes, ansiosos de respirar el aroma de la naturaleza y beber en las fuentes cantarinas, bajo el palio de las nubes y el vuelo de las aves.

IV

Allí se quedó la viuda con su luto y su pena...

Habitaba un magnífico chalet junto a la estación y pudo distraer la mirada con la fugaz visión de los viajeros, que siempre parecen despedirse; que buscan un corazón amigo, en cada recodo del camino que emprendieron; y logró calmar la sed de más de un alma pasajera, con un vaso de agua transparente o con una rosa fragante... que también el espíritu padece sed de belleza.

Cuando trató Conrado de formalizar sus relaciones con Ana Rosa, ésta había crecido mucho, adquiriendo un desarrollo exuberante; poseía, además, una tez clara y suave, con brillo de juventud.

Hasta las manos de doña Eulalia llegaron un sin fin de epístolas amorosas, que ni siquiera vieron las pupilas de la chiquilla, siempre confiada en el cariño del compañero de sus juegos infantiles. Y con la suspicacia femenina, con la experiencia de los años, la madre fué desechando uno por uno a los pretendientes de la hija, que sentía nacer en su pecho el amor sin mezcla de amargura, embebido en la luz esplendente de una trémula esperanza.

En Florensa empezó a sentirse una especie de comezón o inquietud vital; acudían las familias en tropel como a un espectáculo cautivador; y el escenario de las huertas, vergeles y sembradíos, parecía engalanarse para recibir al contingente de forasteros.

Sanaban los enfermos con una rapidez asombrosa, como si les inyectasen el don precioso de la salud, bajo la fronda susurrante de los bosques, junto a la resina aromática de los pinos.

Y a la algarabía de los pájaros, felices en el aire, unióse el regocijo de la mocedad, que improvisaba fiestas y excursiones por aquellos contornos, haciendo que el verano transcurriese... como la vida efímera de una mariposa.

Sólo Ana Rosa y Conrado se apartaban con prudencia de la algarabía juvenil, para amarse en silencio, para gozar de las delicias de una vida quieta y apacible, sin grandes inquietudes, temores ni recelos. Ambos se habían jurado eterna fidelidad mil veces, a la luz del ocaso, bajo un beso de luna y envueltos en la caricia enervante del sol.

Aquella paz en el amor, aquella ruda sencillez que envolvía en un halo de ventura a la gentil pareja, llegó a fomentar la envidia entre los veraneantes y algunos de los naturales de Florensa que se atrevieron a escribirla declarándose, sin obtener contestación. Y llegó un día en que las relaciones de Conrado y Ana Rosa fueron blanco de los comentarios y las críticas, aun siendo inofensivas y puras como el agua de la nieve.

Ensartaron en la murmuración las mentiras como cuentas de cristal, quebradizas al parecer. Mas, no tardó en robustecerse la calumnia y cobrar fuerza, amenazando destruir el encanto del idilio.

La viejecita curiosa, que sorprendiera el primer ino-

cente coloquio de Conrado y Ana Rosa, puso empeño en que la inquietud se sostuviera, en que el pueblo tuviese algo que saborear.

Hasta un chicuelo, hijo del labrantín más acomodado de aquella comarca, prestó su valiosa declaración, haciendo expresivas muecas, al decir:

—También yo vi a José María, con la señorita que vive frente a la estación... es tan guapa que todos la quieren.

La maligna idea, había prendido como chispa en un pajar. Una sombra de melancolía flotaba en los ojos del enamorado, haciendo interesante su fisonomía. Los hombres se hallan predispuestos a la duda, cual los espíritus al mal.

V

Y Ana Rosa era inocente...

Como los cristianos que en época remota, fueron víctimas del populacho, que invadía las calles de Roma, llevándoles hasta un martirio ignominioso, la hija de doña Eulalia supo resignarse y tomar con mansa conformidad el inesperado tormento. La religión es el bálsamo en que curan las llagas del alma todas las mujeres, desde la adolescencia a la senectud. Y la joven novia de Conrado, pasó días enteros de rodillas pidiéndole a la Virgen misericordia. Otras veces, sentada a los pies de su madre, entreteníase en detallar

el proceso de sus relaciones, sin omitir un solo detalle, sin callar siquiera las palabras que el muchacho había desgranado a su oído, en voz de rezo.

Siempre la atajaba doña Rosalía, toda estremecida de pena, diciendo:

—Bueno, hija, descansa; sufres mucho recordando... procura distraerte.

—Tienes razón, mamá: Dios sabrá por qué me envía este desengaño; yo no acierto a comprenderlo.

Expiraban los días lentamente y tan sólo el breve instante de atardecer, semejaba prolongarse por hacerle a la joven abandonada, más cruel la evocación, de los inolvidables crepúsculos en que inclinaba la cabeza sobre el hombro del amado; entonces el ocaso le parecía una ráfaga fugitiva, un soplo, una exhalación...

¿Volverían aquellas horas felices?

Se pasaba Ana Rosa días enteros haciéndose a sí misma preguntas de difícil respuesta, porque dentro de la conformidad que Dios le había dado, una inquietud sublime estremecía con frecuencia su alma virginal, blanca como las azucenas y los lirios. A veces descubría el teclado y con prisa nerviosa, iba desgranando poco a poco, lenta y pausadamente las notas de un vals. Y la viuda escuchaba la melodía con angustia indecible, cual si el piano ayudase al dolor, nublándole la mirada que prendía en el firmamento.

VI

Es innato en la mujer el sentimiento de lo bello.

La fealdad no puede inspirar una pasión, por lo que la gracia y la simpatía, complementos de la hermosura, resultan algo indispensable a lo que una joven no debe sustraerse.

Los contratiempos, los desengaños, las amarguras que agobian a la juventud, son un nuevo atributo de la belleza. Los ojos que han llorado mucho, tienen un brillo fascinador e incomparable; las frentes que han soñado, al divagar ovillando el hilo frágil del pensamiento, suelen ofrecer un conjunto agradable, lleno de insinuaciones.

Todas las contrariedades amorosas, contribuyen a dar realce al encanto femenil; el dolor atrae los corazones; la conformidad llevada hasta un extremo sublime, imprime un sello divino a los semblantes.

Tras la última entrevista con su novio, la hija de doña Eulalia, llegó a poseer nuevos atractivos, apenas insinuados en su faz. El cabello le vino a ceñir la frente como una corona, las manos adquirieron verdadera tonalidad de lirios y la voz cierta cadencia maravillosa.

Y en vano trató de resistir la abandonada, todas las pretensiones de los que fijaran en ella sus ojos con

mezcla de ternura y pasión. Algunos de los que la querían, se conformaron con repetir en largas epístolas, el madrigal de los amores. Otros más atrevidos la detuvieron, al encontrarla sola, por el camino de la iglesia, con la frente inclinada, con el pensamiento lejano, embebido en la maraña de unos gratos recuerdos.

Pero Ana Rosa no quiso escuchar a nadie, no llegó a rendirse, hasta que José María le dijo con dulzura, de un modo eficaz y persuasivo:

—Oyeme; he de hablar contigo...

—Eso es imposible... En Florensa, cuando hablan dos jóvenes, llaman la atención... nos tomarían por lo que no somos.

—Atiende pues... te lo diré en un instante.

—Es que tengo prisa—objetó la esquiva.

—Ya lo sé; mas, escucha... impunemente he contribuído a tu desdicha... Conrado te abandonó por mí.

—¿Qué? ¿acaso deliras?

—Al contrario; estoy muy sereno; quizá tú misma ignoras el motivo.

—En absoluto—contestó Ana Rosa.

—Pues bien; conviene que te lo diga, para que sepas a qué atenerte; un día nos vieron juntos a la puerta de la iglesia...

—¡No puede ser!—protestó la núbil.

—Deja que termine; yo te había escrito una carta y me atreví a preguntarte si la habías recibido; tú me dijiste que no; ¿te acuerdas?

—¡Ah! Sí... sí...

Y se puso encendida como la propia flor del granado Ante su vista se descorría un velo, que le hizo comprender la actitud de Conrado, en un momento de clarividencia. Hacía ya tres meses que daba vueltas y más vueltas en su imaginación, al incidente de aque-

...he de hablar contigo...

llos amores, sin acertar a entender lo que había sucedido.

José María, quiso decirle muchas otras cosas que se calló. En el semblante de la bella, hubo un temblor de lágrimas. Ambos aceleraron la despedida.

—Adiós—dijo la niña.

—Hasta otro día—repuso el muchacho alegre y confiado.

Algunas veces los hombres, pasan inadvertido el llanto de la mujer. Es tan humilde, tan callado y silencioso, que apenas pide clemencia, al resbalar, cual agua de lluvia sobre pétalos de jazmín.

VII

José María no era forastero...

Nació en Florensa de padres bien acomodados, que le enseñaron a trabajar su hacienda. Tenía fama de honrado y activo y era heredero único de un inmueble y una viña; mas, como el vino de aquella comarca fué muy apreciado en el extranjero, casi producía ésta lo suficiente, para atender a los gastos de toda la familia.

A doña Eulalia no le desagradó el nuevo pretendiente de Ana Rosa, al contrario, parecióle que había de serenar la terca lucha que se libraba en el corazón juvenil de su hija. Y con frecuencia le invitaba

2233

a merendar, bajo la arboleda rumorosa del jardín en los propios bancos de piedra en donde Conrado desbordara su elocuencia amorosa.

Apenas se atrevía la joven a exhibir al galán y asimismo éste, mostrábase tímido y cobarde en muchas ocasiones. Parecía que la sombra del rival que había desaparecido, le turbase de improviso reprochando su conducta.

Cierto día, pudo sorprender la viuda una extraña indecisión en el muchacho, al instarle para que traspusiera el umbral de la casa.

—Permita usted señora, que rehuse su invitación... volveré más tarde, cuando Ana Rosa pueda salir.

Estaba el muchacho, de pie, en los primeros tramos de la escalinata. Frente a él doña Eulalia insistió:

—Es una tontería, que andes con tantos miramientos.

—Ya sabe usted que en Florensa se miran todas las cosas con cristal de aumento; no quiero que se nos critique; aceptaré en cuanto nos hayan amonestado.

—¡Como quieras, chico! Ya sabes que serás siempre bien recibido.

Cruzaron todavía unas palabras de ritual, que también oyó Ana Rosa con pesadumbre. Luego se alejó José María y en cuanto cerraron las vidrieras del balcón, se miraron madre e hija con asombro.

—¿Has oído?—exclamó la viuda.

—Sí, mamá... por desgracia.

—¿Temes que también te abandone?

—Quién sabe...

Quedó en suspenso el diálogo, doña Eulalia quería evitar a todo trance que la joven recordase al ausente, procurando hacer menos violenta la situación. Se fué José María sin ver a su novia aquella tarde. Cruzó el

jardín tranquilamente, sin volver una sola vez la cabeza.

Aunque había crecido entre analfabetos y trabajado entre los labradores que sólo se preocupaban de llevar un exiguo jornal a los suyos, poseía el muchacho una rara distinción, por cierto muy envidiada en Florensa, donde las bellas cualidades fueron siempre pisoteadas por la crítica.

Dos años hacía que la joven abandonada empezó a mirarle con benevolencia y otros tantos, que Conrado se hallaba lejos del pueblo entretenido en sus estudios. Sin embargo, su familia pasaba cerca del chalet de Ana Rosa todos los estíos, disculpando con gran habilidad el retraimiento del que un día le juró eterno amor.

VIII

La boda de Ana Rosa no llegaba...

Tres veces consecutivas se aplazó la fecha, alimentando de las habladurías de la gente. Y José María no se cansaba de repetir que sólo era conveniencia suya. Hasta que doña Eulalia herida por las mordaces interrogaciones del vecindario, hubo de abordar la cuestión.

—¿Es que no estás seguro de ti mismo?

—Sí, señora, no me retractaré jamás de lo que he dicho; prometí hacer feliz a su hija, y sabré cumplirlo.

La madre suspiró con profunda tristeza. El recuerdo

de Conrado, opondría siempre resistencia a la dicha de Ana Rosa que no había sabido olvidarle.

Al decir de la gente, el primer novio de la joven había desaparecido por evitar que le atormentasen con las habladurías enojosas y las preguntas inacabables, dispuesto a no pisar jamás el suelo de Florensa... Pero en realidad sólo una cobardía incomprensible, le obligó a rehuir la presencia de aquella niña, convertida en mujer, que aun adoraba.

Nada distrajo su imaginación febril, ni calmó su amor vehemente. Nadie pudo distraer la añoranza que fué apoderándose poco a poco, de su ánimo contristado. Cuando al terminar sus estudios emprendió un largo viaje por el extranjero, todos los paisajes, traían a su mente la evocación de los vergeles en que conoció a la hija de doña Eulalia...

Era aquel un pueblo chiquito, alegre con una sola calle que discurría algo tortuosa, desde la iglesia a la estación; era aquel el único lugar ameno y apacible, que verdaderamente le había hechizado; era aquel el rincón más bello del mundo.

Y un día se propuso volver a pasar por delante de la verja, en que tantas veces le había esperado Ana Rosa. Su padre quiso disuadirle, diciendo:

—Mira que vas a reincidir; mejor será que no vayas a ese pueblo; además te han de acribillar a preguntas.

—Para todas, tengo pensada la respuesta.

—Bien hombre; haz lo que creas más conveniente.

Como era de suponer, uno de los primeros tropiezos, fué el que tuvo con doña Eulalia, a la que saludó muy cortésmente. La señora le miró con indecible sorpresa, aunque no quiso hacerle un desaire.

No le hubiera conocido.

Le mortificó en gran manera al muchacho, que la viuda dejase de tutearle, haciéndole comprender la magnitud de su perjurio. Luego pudo convencerse, de que muchos de sus antiguos camaradas le desconocían. Verdaderamente estaba cambiado, porque los años de ausencia y de duda, dejaron profunda huella en su rostro.

La presencia de Conrado, vino a despertar recuerdos, a remover las habladurías y nutrir los comentarios. Faltaban pocos días para que Ana Rosa tomase a José María por esposo y compañero inseparable. Parecía imposible que se desbaratase la boda, en que doña Eulalia cifró sus esperanzas .

—Lo que ahora te parece insoportable—le decía a su hija—será con el tiempo miel sobre hojuelas... ya verás cómo todo cambia... cómo se doblega tu voluntad.

—Así quisiera yo que fuese.

El trajín de las últimas jornadas, los plácemes de las amigas, el regocijo de su madre, obraron el milagro de que se engañase a sí misma la novia, llegando a suponerse dichosa.

Dos días antes de llegar hasta el altar, para ofrecer el corazón en aras a la hermosa, llevóse José María a su novia hasta un apartado rincón del jardín; tomaron ambos asiento junto al dosel de una enredadera y con las manos enlazadas, le preguntó:

—Dime Ana Rosa, ¿crees que yo puedo aspirar a tu cariño? ¿que he de hacerte feliz?

—¡No! Nunca... Mentiría si dijera que he podido olvidar a Conrado.

—A tiempo estás, ¿quieres qeu espere algún tiempo? ¿que procure granjearme tu simpatía?

—Es inútil...

Movió la joven la cabeza, con ademán significativo

Alzó después la vista, como si buscase la clemencia de los cielos. Tras de la gentil pareja, oculto entre un macizo de boj, se hallaba el primer novio de la niña, conteniendo el aliento, respirando en el aire diluída la esencia del amor de aquella criatura, que no había llegado a olvidarle.

El diálogo siguió acariciando los oídos sedientos del enamorado. José María decía con triste acento:

—¿Cómo vas a poder vivir conmigo? ¿qué extraña resignación es esa, que no se rebela?

—La de los mártires—repuso amargamente la núbil—. Debo apurar este cáliz...

Temblaba la voz de Ana Rosa, cual las humildes florecillas de la planta trepadora, que servíales de techumbre. Y Conrado no pudo resistir la tentación de presentarse ante sus pupilas, ante aquellos ojos que en horas de embeleso copiaron su imagen, como las aguas tranquilas de un lago transparente. Fué tan rápido el pensamiento como la acción. José María apartóse sin demostrar sorpresa alguna, doña Eulalia apareció lívida.

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que veo? ¿acaso estoy soñando?

Ana Rosa se había desvanecido en los brazos de su primer novio, del único dueño de sus pensamientos. Una divina palidez de emoción cubría sus mejillas, cuando el noble hijo de Florensa dijo a la viuda:

—Señora; he cumplido mi palabra... vuestra hija es dichosa.

Y sin esperar siquiera una manifestación de gratitud, José María desapareció. Sentíase regocijado como nunca, veía las flores con más intenso matiz, el sol desleído en la atmósfera cual lluvia de oro. Abrió la verja con soltura, como si fuera de su propia casa.

Fué tan rápido el pensamiento como la acción...

Una mujer se quedó mirándole con asombro. Pero, él no pudo oír que decía:

—Otro que se va... esa chiquilla tendrá que rezarle a San Antonio.

IX

El noviazgo de José María fué sublime...

No precisamente porque fuese un plan preconcebido y generoso, sino porque supo sacrificar su amor para labrar la dicha de Ana Rosa, cuya belleza le había cautivado. Nada se ocultó a su mirada sagaz e investigadora, ni un momento vaciló. Le constaba que la ruptura entre Conrado y la hija de doña Eulalia, obedecía a un ciego arrebato y que éste fué producido, por las torpes habladurías de la gente. Bien dice un adagio catalán "pueblo pequeño... infierno grande".

Además pudo convencerse de que no andaba equivocado, ya que el propio iniciador de la difamación de la joven, se atrevió a contarle los pormenores de su hazaña; era éste uno de los veraneantes más jactanciosos, ofendido por la negativa rotunda de Ana Rosa a sus pretensiones.

En cuanto volvió en sí la novia de Conrado, la novia ideal, que supo guardarle ausencias, le contó al muchacho sus inquietudes y sus anhelos, haciéndole comprender lo mucho que había sufrido. Pero Conrado procuró disipar aquellas nubes, que en vano pretendieron empañar el resplandor de una esperanza gloriosa.

—Dejemos eso en olvido... me basta saber que me quieres... que eres buena... que no llegaste a rendirte, bajo el agobio de un destino adverso... Cuando estaba lejos de ti, vivía muriendo... buscándote en todas partes... evocando los vergeles de Florensa, en cada planta... en cada flor... comparándote a las estrellas, siempre encendidas y temblorosas... a los ángeles que tienden sus alas de armiño, sobre las criaturas inocentes... a las blancas palomas, que parecen nacidas para el eterno arrullo del amor.

Jamás hubiese agotado aquel hombre la elocuencia, si la realidad no hubiese acudido a sacarle de su éxtasis. Más de una vez hubo de advertirle doña Eulalia, de que le llamaban sus deberes a otros lugares, en donde se esfumaba la ilusión. Y el muchacho tuvo que batallar mucho, para convencer a su padre de que sin Ana Rosa no podía vivir.

Cuando al fin victoriosos los enamorados, pudieron fijar para su enlace una fecha definitiva, cuando ya la jovencita estremecíase de gozo, al probarse el albo vestido de las desposadas, le preguntó Conrado dulcemente:

—¿De quién era el retrato que aquel día besabas?

La núbil sin vacilar hundió la mano en su seno, por el escote del vestido y sacó la cartulina, acercándola con reverencia a sus labios.

—Deja que lo bese y no me lo prohibas... es de mi padre... siempre lo he llevado sobre el corazón.

FIN